

Porque la fe no es sólo una necesidad social, sino un deber del individuo: es criminal y, por lo tanto, desgraciado el hombre que no cree, más desgraciado aún el que ha perdido las creencias de su edad primera; pero no es más afortunado aquel en quien la fe esté amortiguada por la indiferencia ó el pecado. La fe sin buenas obras es como antorcha apagada. *Fides sine operibus mortua est*<sup>1</sup>. Y no olvidéis, cristianos, que la fe se pierde principalmente por la relajación de las costumbres y la corrupción del corazón; que un hombre humilde y casto no dejará de permanecer creyente; y, donde no se pierda del todo, debilitase al menos por el abandono de la oración y demás prácticas piadosas, y muy especialmente por vivir alejado del uso de los santos sacramentos.

## II.

8. Así también podría llegar á perderse la *esperanza*. La esperanza, hermanos míos, es otra virtud divina que nos hace superiores tanto á los bienes como á los males de este mundo, mostrándonos allá á lo lejos, en el término de nuestra mortal carrera, una vida perdurable, un porvenir de dicha y bienaventuranza eterna. Sin esa luz del cielo que nos descubre el horizonte infinito de la eternidad, ¿qué vendría á ser esta mísera existencia que arrastramos por algunos días sobre la haz de la tierra? Nuestros ojos no descubrirían más allá del sepulcro sino el espectro pavoroso de la nada: la destrucción total de nuestro ser, el aniquilamiento sería el límite fatal adonde irían á perderse para siempre las aspiraciones más grandes y más íntimas de nuestro corazón. ¡Oh! ¡qué ser tan desgraciado es aquel para

<sup>1</sup> Iac. 2, 26.

quien está muerta la luz de la esperanza cristiana! ¡Ah! si no hubiera cielo, si su recuerdo lleno de inefable dulzura no alentara nuestros corazones, si nuestra vida hubiese de darse por terminada con la muerte, entonces quizá más le valiera al hombre nunca haber nacido. Si el hombre nace, es para no morir: la muerte, aun mirada solamente como separación temporal de alma y cuerpo, es un trago amarguísimo, á duras penas tolerable para nuestra pobre naturaleza, que con todas sus fuerzas la rechaza. *No queremos ser despojados*, dice el Apóstol, *sino revestidos*<sup>1</sup>. Pues, decidme, ¿cómo repelería el hombre la muerte, si fuera no ya la división sino la destrucción de las dos substancias que lo componen? ¡Oh dulce esperanza de la inmortalidad! y ¡cómo amenguas la amargura del trance supremo de nuestra vida mortal! Pero hay todavía otro pensamiento más desgarrador para el hombre que no posee la esperanza cristiana. Peor que volver á la nada sería decir: «Soy inmortal, es cierto: mi espíritu no puede perecer, ni Dios quiere aniquilarlo; pero he de sobrevivir á la disolución de mi cuerpo sólo para ser eternamente desgraciado. Yo sé que hay cielo y hay infierno: aquél, lugar de felicidad interminable; cárcel éste de imponderables tormentos: éste ha de ser mi perpetua morada, porque el cielo estará eternamente cerrado para mí.» Figuraos, hermanos míos, la desventura de un triste corazón entregado al horror de tan negros presentimientos.

9. Mas he aquí que la religión, y por medio de ella el mismo Jesús, eterno amigo y salvador del hombre, se acerca á ese infeliz desesperado y le habla con una suavidad y un encanto, cual sólo puede apreciarlo el

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 4.

espíritu agobiado de miserias. «¡Levántate, le dice, alza los ojos al cielo y espera! ¿Lo ves? ese cielo hermoso, esa patria de eterna venturanza, ésa es tu patria, ése el lugar que te destina tu Padre, tu Criador, tu Dios que te sacó de la nada para hacerte feliz. ¿Quieres ir al cielo? Pues lo puedes con sólo quererlo. Yo, que soy tu Salvador, lo he conquistado para ti. Á pesar de tu flaqueza, á pesar de tus caídas, á pesar de la rabia del demonio tu enemigo, tú puedes ir al cielo. Dios, que de veras quiere tu salvación<sup>1</sup>, te proveerá de medios abundantes y eficaces para que la consigas.» De esta suerte la virtud de la esperanza reanima un corazón que languidecía atormentado por la negra sombra de la desesperación; así le transfigura, infundiéndole valor y bríos para que emprenda una y otra vez la marcha penosa de la virtud hasta colocarle por fin en el término del eterno reposo. *Dilatado el corazón*, dice el Profeta, *corrí animoso por el camino de tus mandamientos*<sup>2</sup>. Tales son los beneficios que debe el hombre á esta virtud sobrenatural que emana de Dios por Jesucristo, y le acerca á Él hasta llegar á unirle perfectamente por medio de la caridad. De estos tesoros divinos sólo es depositario el verdadero cristianismo, representado por la Iglesia católica.

### III.

10. ¡Tuviera yo palabras de fuego, amadísimos oyentes, para haceros entender lo que es esta virtud, excelsa entre todas las virtutes, la *caridad* cristiana! ¡Pudiera yo pintaros en cuatro palabras su excelencia y su valor inestimable, y cuánto debemos á nuestro divino Salvador

<sup>1</sup> 1 Tim. 2, 4.

<sup>2</sup> Ps. 118, 32.

por habernos traído del seno de su Eterno Padre este fuego sacrosanto! *Ignem veni mittere in terram*, asegura el mismo Jesucristo<sup>1</sup>: «Yo he venido á arrojar este fuego en la tierra; y ¿qué otra cosa tan ardientemente deseo como que la tierra se abra?» Antes de Jesucristo, hermanos míos, así como todo era tinieblas, así todo era hielo de muerte: *eratis aliquando tenebræ*; es decir, que no reinaba en el mundo otro amor que el egoísmo, ó sea el desenfreno del amor propio, el amor de los placeres y deleites para sí, la tiranía y el odio para los demás. La ley que entonces regulaba las acciones humanas, podía formularse en estos términos monstruosos: «Te amarás á ti mismo sobre todas las cosas y á tu prójimo por razón de ti.» Y la conducta del hombre giraba sobre esta máxima tan inmoral como impía. Pero vino el cristianismo, y dijo al hombre: *Diliges Dominum Deum tuum*<sup>2</sup>: «Amarás á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo por respeto á Dios.» Y apareció en el mundo esta virtud que, arreglando y concertando nuestro amor, concierta á todo el hombre, le sublima, le engrandece prodigiosamente. ¿Sabéis cómo y por qué tanto le enaltece? Pues escuchad un pensamiento del gran San Agustín. El hombre vale tanto cuanto vale el objeto de su amor. Y en verdad, el amor nos asemeja y casi nos identifica con el objeto amado; luego si éste es noble, el amor nos ennoblece; si es vil y bajo, claro es que el amor nos rebaja y envilece. *Si terram amas*, dice el Santo, *terra es; si Deum amas, quid dicam? Deus es*. ¿Amas la tierra? pues no vales más que un puñado de tierra, porque eso eres: ¿amas á Dios? pues no vacilo en afirmarlo,

<sup>1</sup> Luc. 12, 49.

<sup>2</sup> Luc. 10, 27.

eres Dios, eres divino, en el sentido en que dice la Escritura: *Ego dixi: dñi estis, et filii Excelsi omnes*<sup>1</sup>. ¿Podéis concebir mayor elevación? He aquí hasta qué alturas nos eleva el cristianismo en alas de la caridad. Y pensad, en consecuencia, qué no deberá el hombre á una religión que así levanta y ennoblece su espíritu, que así le encumbra y diviniza.

11. Según esto, ¡cuán abominable no deberá de ser el monstruo del pecado que derriba al hombre de ese trono! En efecto, hermanos míos, el pecado mortal, y sólo él, es poderoso para despojar al hombre de la gracia, inseparable compañera de la caridad. Esta virtud divina desampara el alma en el instante mismo en que entra á poseerla el pecado mortal. Y no podría ser de otro modo; pues, si por el pecado ofende el hombre á Dios, claro es que pierde el amor del Sumo Bien, la caridad. Y ¡hasta dónde no se degrada en aquel acto! Ama el placer vilísimo que le ofrece la criatura, por quien desprecia á su Criador; justo es que se envilezca tanto como el placer á que entregó su corazón. Pero ese placer ilícito es indigno del ser racional, como reprobado por la misma razón: luego el menguado pecador que cifra en él su felicidad, prefiriéndole al bien infinito de la amistad de Dios, no hace otra cosa que labrar su degradación y su eterna desventura. ¡Desgraciado, más de lo que él puede alcanzar! Para él no existe ya la luz del cristianismo, puesto caso que se hunde voluntariamente en las tinieblas. De éstos dijo el Salvador: *Prefirieron las tinieblas á la luz*<sup>2</sup>. La caridad quería ennoblecerle, haciéndole retrato de Dios; pero el pecador se obstina en degradarse, tornándose retrato

<sup>1</sup> Ps. 81, 6.

<sup>2</sup> Io. 3, 19.

de la bestia. Juzgad, hermanos míos, si el que vive de asiento en el pecado, por más que alardee de cristiano y católico, puede decirse que es *luz en el Señor*.

12. ¡Pluguiera á Dios, amados fieles, que decirse pudiera de nosotros lo que de los primeros fieles: *Eratis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino*: Eráis tinieblas, es cierto, en otro tiempo, en el tiempo de vuestros desórdenes; mas ahora sois luz en el Señor. Sois luz porque tenéis la fe, antorcha refulgente á cuyo resplandor se han disipado las densas tinieblas de vuestra ignorancia, llegando á conocer á Dios y su naturaleza, á vosotros mismos y vuestros destinos inmortales. Sois luz porque ya poseéis con la esperanza sobrenatural el fanal que os descubre el término dichoso de vuestra carrera, á cuya vista corréis animosos por las sendas del bien obrar. Sois luz, en fin, porque, guiados por la caridad, hacéis obras honrosas que pueden lucir á la vista de los hombres á fin de glorificar al soberano Criador por Jesucristo Señor nuestro. De esta manera se cumple en vosotros la palabra del Evangelio: *Si tu ojo fuere puro y simple, todo tu cuerpo estará lleno de luz*.

Exclamemos, pues, para concluir: «¡Fe, esperanza y caridad, santas virtudes infundidas en mi alma por la mano de Dios en el día felicísimo de mi regeneración espiritual! ¡Ah! yo he tenido quizás la desgracia de perderos por el pecado: á lo menos no he sabido hasta hoy apreciaros bastante. Quiero reformar mi conducta en adelante: quiero acreditar la pureza de mi fe con la santidad de mis obras, vivir con el corazón puesto en el cielo, arder en el fuego de la caridad de Dios, y transfigurado aquí por la acción de estas virtudes divinas, llegar algún día á la posesión de aquella

patria donde la fe rasga sus velos, la esperanza queda plenamente satisfecha, y la caridad se consume en el amor eterno por la visión beatífica. Así sea.

### TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

#### Los beneficios del Decálogo.

Fructus enim lucis est in omni bonitate et iustitia.

El fruto, empero, de la luz consiste en proceder con toda bondad y justicia.

Eph. 5, 9.

1. No creo, amados fieles, apartarme un ápice del espíritu de nuestra santa Madre la Iglesia, si, pasando por hoy en silencio la lección evangélica, me fijo de preferencia en la Epístola de esta dominica, tomada del capítulo quinto de la de San Pablo á los efesios. ¡Grandes y provechosas enseñanzas contiene la doctrina del Apóstol! Según ella, la luz del cristianismo, emanación del Verbo encarnado, se nos ha concedido únicamente para dar frutos de vida eterna, es decir, obras santas, obras en que resplandezca la bondad y la justicia: *Fructus enim lucis est in omni bonitate et iustitia*. Y ¿cuáles son estas obras sino las que nos prescribe el Decálogo, ese gran código de eterna moral en que se hallan perfectamente formuladas las relaciones invariables de la criatura con su Creador y de las criaturas racionales entre sí, ó, lo que tanto vale, las leyes que prescriben al hombre la santidad y la justicia? No es otra cosa, hermanos míos, el Decálogo ó la Ley fundamental de Dios, consignada en diez artículos, grabados primero con caracteres invisibles en las tablas del corazón, esculpidos más tarde en dos grandes lápidas, símbolo de su firmeza y eterna duración, y últimamente restaurados,

perfeccionados y solemnemente promulgados de nuevo por el Legislador soberano, Jesucristo Señor nuestro, de quien Moisés, aunque tan grande, no era más que una débil figura. ¡Legislación á todas luces sabia, y por mil títulos respetable y digna de nuestra veneración! Si los hijos de Israel la recibieron de los labios de un profeta, del más grande de los legisladores antiguos; nosotros, los hijos de la luz<sup>1</sup>, la hemos escuchado y recibido de la boca del mismo Hijo de Dios, quien nos la ha transmitido, y seguirá transmitiéndola á todos los hombres, por el órgano divinamente autorizado de la verdadera Iglesia de Cristo.

2. Y aquí tenéis, cristianos, el nuevo punto de vista desde el cual me propongo el día de hoy presentaros esta santa y amable religión que tenemos la dicha de poseer. La habéis contemplado el domingo precedente ennobleciendo al hombre, regenerándole, ilustrándole por medio de la fe, la esperanza y el amor divino; ahora veréisla perfeccionando su obra de regeneración sobrenatural por medio del Decálogo, que viene á ser el desarrollo y, como si dijésemos, la ley orgánica del gran precepto de la caridad. ¡Qué beneficio tan grande, hermanos míos... digo poco, qué cúmulo de bienes, qué raudal de beneficios dimanen del Decálogo! ¡Con qué aclamaciones, con qué acciones de gracias no debiera el hombre del siglo XIX bendecir al cristianismo que ha sabido conservarle, al cabo de treinta y cuatro siglos, la grande y sabia legislación del Sinaí! ¡Ah! se dice: Pero esa ley es dura, es inflexible, es un peso demasiado grave para la pobre naturaleza humana: el hombre es un ser extremadamente frágil, y esa ley no le consiente el más

<sup>1</sup> I Thess. 5, 5.